

# Violencias, sociabilidades y procesos de subjetivación: un análisis de sus vinculaciones en experiencias de jóvenes en tres ciudades de Argentina

Pablo Francisco Di Leo\*

Conicet, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina

## RESUMEN

En el artículo presento parte de los resultados del proyecto de investigación PICT 2006 2464, en el que se analizan las condiciones en las que las y los jóvenes desarrollan sus procesos de subjetivación en tres ciudades medianas de Argentina (Villa María, Junín y Gualaguaychú). Aquí me centro en las prácticas y sentidos desplegados por jóvenes en torno a las violencias en sus espacios de sociabilidad. Para la construcción de los datos se utilizaron distintas técnicas de investigación social de tipo cualitativo y cuantitativo. Para el análisis del corpus discursivo seguí los lineamientos generales de la teoría fundamentada (*grounded theory*). Las violencias se presentan de manera combinada y fuertemente asociada con los procesos de subjetivación juvenil. En sus espacios de sociabilidad, la *mirada* adquiere una gran densidad simbólica, ya que se convierte, a la vez, en uno de los principales puentes de comunicación entre el *yo* y el *otro*, y en signo de aprobación o menosprecio del par. Resulta fundamental generar políticas públicas dirigidas a abordar las diversas dimensiones de las violencias a partir del diálogo con las experiencias y reflexividades juveniles.

## Palabras clave

Juventudes, subjetivación, violencias, sociabilidad, instituciones públicas

---

\* Licenciado en Sociología Universidad de Buenos Aires (UBA), magíster en Políticas Sociales UBA, doctor en Ciencias Sociales UBA. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Correo electrónico: pfdileo@gmail.com.

## Violence, sociability and subjectification: an analysis of their links in the experiences of young people in three Argentinian cities

### ABSTRACT

In this article, I present part of the results of the Research Project PICT 2006 2464, in which we analysed the conditions under which young people develop their subjectification processes in three Argentinian medium-sized cities (Villa María, Junín y Gualguaychú). Here I focus on the young people's practices and meanings displayed around the violence in their socializing spaces. For data collection, we used different qualitative and quantitative social research techniques. For the analysis of the discursive corpus, I followed the general guidelines of Grounded Theory. Different kinds of violence occur in combination and are strongly associated with youth's subjectification processes. In young people's socializing spaces, the look acquires great symbolic density, as it becomes, at the same time, one of the main bridges of communication between the self and the other, and a sign of peer approval or disdain. It is essential to generate public policies aimed at addressing the various dimensions of violence through dialogue with young people's experiences and reflexivity.

### Keywords

Youth, subjectification, violence, sociability, public institutions

## Introducción<sup>1</sup>

A partir de diversas investigaciones desarrollados recientemente en Argentina en distintos espacios de sociabilidad, surge que, entre los fenómenos percibidos por los jóvenes como crecientemente problemáticos, ocupan un lugar central las *violencias* (Kornblit, 2008; Kaplan, 2009; Míguez, 2009; Noel, 2009; Di Leo, 2009). Por otro lado, desde hace varias décadas la condición juvenil viene siendo asociada con una diversidad de acciones de transgresión a normas y símbolos establecidos por el mundo adulto-céntrico. En la actualidad, circulan –especialmente en los medios de comunicación masivos y en las instituciones educativas– discursos que vinculan a un gran número de grupos juveniles con la falta de límites normativos y la participación activa en episodios de violencia (Chaves 2005).

<sup>1</sup> Teniendo conciencia de la orientación androcéntrica del español, empleo el género masculino en los plurales sólo para facilitar la lectura del artículo.

En el presente artículo realizo una aproximación a las relaciones entre juventudes, sociabilidad y violencias que busca contribuir a la desnaturalización de miradas esencialistas sobre sus vínculos en el actual contexto de la sociedad argentina. Con este objetivo, en la primera sección propongo algunas herramientas conceptuales para el despliegue del problema. En la segunda parte, presento mi análisis de las prácticas y discursos en torno a las violencias en los espacios de sociabilidad de jóvenes de tres ciudades medianas de Argentina –Villa María (Provincia de Córdoba), Junín (Provincia de Buenos Aires) y Gualaguaychú (Provincia de Entre Ríos). Finalmente, reflexiono sobre la problemática analizada y posibles líneas de acción para su abordaje desde las instituciones educativas públicas.

Los datos aquí presentados fueron construidos con distintas técnicas de investigación social de tipo cualitativo y cuantitativo: entrevistas semiestructuradas, grupos focales, observaciones participantes y no participantes en distintos contextos de sociabilidad juvenil y encuestas con cuestionarios estructurados. El trabajo de campo se desarrolló durante 2008 y 2009, en el marco del proyecto de investigación PICT 2006 2464, financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de Argentina, dirigido por la Dra. Ana María Mendes Diz, con base en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.<sup>2</sup>

Tanto para la fijación de la muestra de jóvenes a ser entrevistados, como para el análisis de los datos cualitativos seguí los lineamientos generales de la teoría fundamentada (*grounded theory*). Utilizando como herramienta auxiliar el software Atlas.ti, aplicando la estrategia de la comparación constante, se fueron recogiendo, codificando y analizando los datos de manera simultánea. Para el despliegue, análisis y/o vinculación de las categorías emergentes, teniendo en cuenta los criterios de parsimonia y alcance, recurrí a herramientas conceptuales provenientes de la teoría social y datos construidos en otras investigaciones de nuestro equipo y en mi tesis doctoral, que fui retomando, vinculando y/o triangulando (Strauss y Corbin, 2006; Vasilachis de Gialdino, 2007). Para ilustrar cada una de las categorías analizadas incluí algunos recuadros con citas textuales de los discursos de los sujetos y realicé, cuando consideré pertinente, triangulaciones con datos cuantitativos.

<sup>2</sup> Investigadores: Dan Adaszko, Ana Clara Camarotti, Mariana Chaves, Pablo Francisco Di Leo, Patricia Schwarz. Coordinadoras de campo: Georgina Remondino (en Villa María), Marisol Rachid (en Junín), María José Marín y Marysol Orlando (en Gualaguaychú). Colaboradores de campo: Elena Bergé, María Celeste Hernández, Tomás Bover, María José Marín, Eliana Elizabeth Montero, Esteban Bertuccio, Juan Patricio Marchetto, María Josefina Itoiz, Natalia Soledad Ochoa, Noelia Soledad Trupa y María Cecilia Galera.

## Desplegando el problema

Cuando nos encontramos ante un problema social de definición, tenemos que preguntarnos quién está proponiendo tal o cual definición, en qué contexto, con qué objetivo e implicaciones personales y sociales. El poder de nominación se encuentra en el centro de las disputas por el poder simbólico (Bourdieu, 2007). En las sociedades latinoamericanas, durante las últimas décadas se viene desplegando una verdadera lucha simbólica en torno a la categoría de violencias. El despliegue de la misma se vincula con prácticas que se catalogan como inaceptables, insoportables, contrarias a la civilización, la humanidad, la modernidad. Cada agente busca que se consideren violentas aquellas acciones u omisiones de sujetos e instituciones sociales que vivencia como inaceptables.

Los medios masivos de comunicación y diversas instituciones estatales —principalmente la escuela— vienen articulando y reproduciendo concepciones reduccionistas y reificadas de las violencias y las juventudes. Tal como surge del análisis de la antropóloga Mariana Chaves (2005) y según identifiqué en mi investigación doctoral, por lo general, las percepciones y acciones de los adultos en torno a los jóvenes en el contexto escolar se basan en cinco grandes tipos de discursos:

- *Concepción naturalista*: define a la juventud como una *fase natural* en la evolución de los individuos. Por ende, las características de la misma estarían determinadas por las dimensiones biológicas de los seres humanos. Esta concepción se legitima, actualiza y transmite desde los saberes científicos y, especialmente, desde el modelo biomédico dominante en el campo de la salud.
- *Concepción psicologista*: complementaria de la anterior, en ella se define a la juventud como un *momento de confusión, de crisis*, que será superado en el proceso de maduración y constitución de la personalidad. De aquí proviene la significación del *adolescente* como aquel que *adolesce de algo*; la juventud está asociada así con *dolencia, carencia y sufrimiento*.
- *Concepción de la patología social*: la juventud sería el sector de la sociedad más vulnerable a las enfermedades y las violencias. El joven es visto como expresión de las consecuencias negativas de los cambios sociales (socioeconómicos, familiares, políticos, culturales). Esta concepción constituye una mirada negativa, fuertemente asociada a diversos *problemas y/o patologías sociales* (alcoholismo, sida, drogas, violencia) y está plagada de términos médicos, psicológicos y/o legales, tanto en torno a los diagnósticos de las patologías como a los diversos tipos de estrategias para su tratamiento, prevención, control y/o contención.

- *Concepción del pánico moral*: reproducida sistemáticamente por los medios masivos de comunicación, esta concepción se basa en una fuerte asociación entre *los jóvenes y los miedos sociales*. El joven ‘desviado’ y/o peligroso cumple en un determinado momento en la sociedad el rol de chivo expiatorio o enemigo interno. Se suele seguir una secuencia típica: a) en primer lugar, se presenta un *evento dramático* (por ejemplo, episodios graves de violencias de estudiantes), que genera inquietud en la población; b) a partir de esto se desarrolla una campaña de *censura moral* en la que se culpabiliza a los jóvenes en general, sin analizar las situaciones en su complejidad; c) se implementan acciones de mayor represión.
- *Concepción sociologista*: coincide con la de la patología social en presentar al joven como víctima de *las condiciones sociales: de la globalización, del posmodernismo, de los medios de comunicación, de las instituciones familiares y escolares que no funcionan, de los malos profesores*, etc. Si bien esta concepción busca alejarse de la estigmatización de los individuos *desviados o peligrosos*, coincide con la anterior en negarle a los jóvenes la posibilidad de ser sujetos sociales creadores. Por ende, no se considera que pueden construir otros caminos que los impuestos por los determinantes familiares, socioeconómicos, culturales, escolares, etc.

Buscando romper con estas concepciones dominantes, las ciencias sociales vienen generando valiosas herramientas analíticas y datos empíricos que contribuyen a los procesos de problematización y disputa en torno a los sentidos de las vinculaciones entre juventudes y violencias. Por un lado, hablar de jóvenes es apelar más que a una condición natural a una construcción histórico-social, que se apoya en elementos psicobiológicos y que encierra significaciones complejas, aludiendo a una complicada trama de situaciones sociales, actores y escenarios. Las condiciones históricas, existenciales, los contextos socioeconómicos, las políticas públicas, las pautas culturales y de género participan en la definición simbólica y material de esta etapa vital (Margulis 1996; Feixa, 1999; Urresti, 2008; Chaves, 2009).

Por otro lado, las violencias remiten a complejos procesos histórico-sociales en los que individuos, grupos o instituciones –por separado o simultáneamente– generan la reducción de seres humanos a la condición de objetos, es decir, se les niega su condición de sujetos, volviéndolos dependientes, sin autonomía y, en el extremo, negándoles las condiciones mínimas de existencia (Reinoso y Thezá, 2005b; Aguilera Ruiz y Duarte, 2009; Crettiez, 2009). Desde este enfoque, es posible desplegar el problema de los vínculos entre violencias y juventudes a partir de tres grandes dimensiones interrelacionadas:

- a. Violencias estructurales:* las violencias –tanto en sus formas simbólicas como materiales– están presentes en la constitución de todo orden social y permiten su reproducción (Duarte, 2005). Las transformaciones estructurales generadas por los regímenes neoliberales provocaron en las sociedades latinoamericanas verdaderos procesos de *descivilización*. Una porción creciente de la población –fundamentalmente niños y jóvenes– viene siendo excluida del acceso a los recursos materiales y simbólicos fundamentales para constituirse como individuo en la actual etapa de la modernidad (Tenti Fanfani, 1999). En este contexto, la condición juvenil se encuentra signada por la vulnerabilidad: con una inserción laboral precaria –cuando difícilmente la obtienen–, con salarios más bajos que los que ganan los mayores cuando hacen la misma tarea, con trabajos de baja calificación o nulo atractivo, con escasas posibilidades de crecimiento, la mayoría de los empleos que obtienen los jóvenes “funcionan más como necesidades dolorosas que como medios de realización personal” (Urresti, 2000: p.54; Miranda, 2007).
- b. Violencias institucionales:* refieren a los modos en que determinados sectores de la sociedad ejercen control sobre la población, afectando sus posibilidades de despliegue y crecimiento en pos de mantener las relaciones de fuerza y el orden social dominante (Duarte, 2005). Pueden consistir tanto en acciones como en ausencias de acción de las instituciones, como se pone de manifiesto en Argentina en las actuales tensiones entre los jóvenes y la escuela (Di Leo, 2009). El sistema educativo se caracteriza hoy por la heterogeneidad y la desigualdad. La demanda de masificación del sistema educativo se traduce, en muchas ocasiones, en una inclusión de los jóvenes en fragmentos diferentes del sistema, reproduciendo, a través de diversas mediaciones, la desigualdad social en la escuela (Tiramonti, 2008).
- c. Violencias situacionales:* refiere a las situaciones específicas en las que se materializan las violencias estructurales e institucionales y cuyos efectos aparecen en el imaginario y en las corporeidades de los sujetos como más tangibles e inmediatas (Duarte, 2005). La heterogeneidad de los marcos socioeconómicos, de los procesos de socialización y de subjetivación hacen que hoy las violencias sean vividas de maneras muy diversas por los distintos grupos de jóvenes, estando mediadas por sus posiciones en el espacio social, sus condiciones de género, sus capitales acumulados –económicos, culturales y simbólicos– y sus reflexividades –discursivas, prácticas y estéticas. Por ende, si bien en ciertos aspectos las violencias surgen en la dimensión individual como una incapacidad de desarrollar instrumentos de resolución de conflictos y de satisfacción de las gratificaciones personales, las mismas se

configuran en determinados contextos de sociabilidad –especialmente de orden familiar, escolar y/o de pares–, a través de la promoción de pautas de control y autocontrol o, en cambio, reforzando un tipo de individualismo negativo, que dificulta la comprensión, el diálogo y la posibilidad de crear y desarrollar estrategias de cuidado de sí mismo y del otro (Krauskopf, 2003; Reinoso y Thezá, 2005b).

Partiendo de las particularidades y articulaciones entre sus dimensiones estructurales, institucionales y situaciones, es posible considerar las violencias como un analizador sociocultural desde el cual aproximarnos a las condiciones en las que los sujetos construyen sus experiencias sociales, es decir, los nexos que se establecen entre lo individual y lo social, en un determinado contexto espacio-temporal (Aguilera Ruiz y Duarte, 2009). Según François Dubet y Danilo Martuccelli (2000), en los procesos de construcción de sus identidades individuales los actores permanentemente combinan tres grandes *lógicas de la acción*:

- *Integración*: cada agente actúa en función de un principio de integración definido por la interiorización de lo social (socialización).
- *Estrategia*: la identidad de los actores no es solo un efecto de los proceso de integración, es también un conjunto de recursos movilizadas en situaciones e intercambios sociales particulares.
- *Subjetivación*: los agentes no se identifican únicamente por sus pertenencias y sus intereses, se definen también como individuos, no a partir de un principio abstracto de su libertad, sino porque las sociedades modernas recrean y proponen permanentemente una representación del sujeto, en tanto seres genéricos, que también se definen por su creatividad, su autonomía, su libertad, es decir, todo lo que se presenta como ‘no-social, más allá o más acá de toda determinación’.

Aquí resulta fundamental su vinculación con la categoría de *sociabilidad*. Dicha dimensión, definida por Georg Simmel como “forma lúdica de la socialización” (2002: p.82), fue muchas veces ignorada por una sociología edificada sobre las dicotomías modernas individuo/sociedad, sujeto/estructura. Sin embargo, la noción de sociabilidad permite analizar las singularidades situacionales y las maleabilidades que configuran los vínculos entre individuos, condiciones estructurales e instituciones sociales (Martuccelli, 2007).

Para el abordaje empírico de los vínculos entre sociabilidades, violencias y juventudes, en diversas investigaciones utilicé el concepto de *clima social*, definido como el conjunto de características psicosociales de un determinado

contexto institucional que le confieren un estilo particular y que condiciona las experiencias y los vínculos entre sus agentes. Se constituye por el cruce entre: a) las percepciones de los sujetos acerca de sí mismos y de sus relaciones con los otros en un contexto institucional y b) las condiciones objetivas en las que ocurren estas interacciones (Onetto, 2004; Kornblit, 2008; Di Leo, 2009). En la misma línea de mi investigación doctoral, desarrollada en escuelas secundarias públicas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en la próxima sección presento mi análisis de las experiencias de jóvenes en las ciudades de Villa María, Junín y Gualeguaychú en torno a las violencias en sus espacios de sociabilidad, tomándolas como analizadoras socioculturales de los climas sociales en los cuales se desarrollan sus procesos de subjetivación.

### Experiencias juveniles en torno a las violencias en sus espacios de sociabilidad<sup>3</sup>

Al analizar las prácticas y discursos de los jóvenes en torno a las violencias identifiqué las siguientes categorías emergentes:

- Los boliches son uno de los principales escenarios donde ocurren episodios de violencias entre jóvenes.
- El mirar mal es una de las principales formas y/o causas de violencias entre jóvenes.
- La discriminación es una de las principales formas y/o causas de violencias entre jóvenes.

*Los boliches son uno de los principales escenarios donde ocurren episodios de violencias entre jóvenes*

Al preguntar por los sentidos atribuidos al término violencias, la mayoría de los jóvenes entrevistados menciona, en primer lugar, el *choque corporal—empujar, agarrarse a piñas— y/o verbal—insultos*.<sup>4</sup> Como se ilustra en el fragmento de entrevista citado en el Recuadro N° 1, identifican como uno de los principales escenarios de dichos episodios los *boliches* (locales bailables) y otros espacios de diversión nocturna, como *pubs* o *bailantas* (locales de música tropical). En cuanto a los tiempos,

<sup>3</sup> En la presentación de los resultados utilizo la itálica para citar los términos nativos utilizados por los sujetos.

<sup>4</sup> *Agarrarse a piñas*: combos o golpes de mano empuñada.

casi todos los sujetos ubican estas escenas en las noches del fin de semana, tanto antes de ingresar, como en el interior y/o a la salida de dichos espacios.

Recuadro N° 1

Fragmento de entrevista a mujer de 19 años, estudiante de nivel medio, desocupada, soltera

Entrevistador (E): Violencias.

Joven (J): El boliche, las noches de acá también. [...]

E: *¿Y buscan ese espacio para pelearse?*

J: Sí, porque en el boliche se encuentran. Siempre te encontrás con todo el mundo, más acá que es chico y se conocen todos.

E: *¿Y durante el día esta persona que le tiene bronca a uno de tus amigos no se anima o qué?*

J: No, aparte por ahí en el boliche están con unos traguitos de más y...

E: *¿Y quedaste alguna vez implicada en el medio?*

J: Miles de veces me ha pasado que estás bailando en rondita, como todo el mundo, y se empiezan a pegar al lado tuyo y te empiezan a empujar, empujar y terminás que ni sabés dónde estás. Ha pasado que a una chica le pegaron re fuerte porque quedó metida en el medio. La gente la tiró y los vagos seguían pegándose, y le pegaron re fuerte. Y no hay un responsable porque no sabés quiénes son, y los sacan para afuera para no volver a entrar, y vos te quedás ahí...

E: *¿Y vos qué hiciste ante esa situación?*

J: Yo estaba con mi amiga y el novio, y me quedé blanca, me prendí del novio y nos corrimos bien para un costado. Lo primero que quise fue salir rajando.

E: *¿Y cómo te sentiste?*

J: Tenía un miedo bárbaro. Y hace más tiempo, yo creo que fue después del verano, que me pasó lo peor que viví en un boliche. Estábamos en un boliche que habían estado refaccionando todo a nuevo, y se empezaron a pegar, se fueron afuera y se tiraban con vidrios (con botellas, con copas), volaban los pedazos de vidrio por todos lados. Ahí salí para afuera y me descompuse del miedo que me dio. Y afuera había cuatro peleas más de cinco, seis, diez chicos. La policía pegando brutalmente de una manera que nunca vi, les daban contra las paredes. Esa fue la peor situación que viví, fue horrible porque no sabías dónde estar, hasta afuera del boliche se tiraban con piedras y con lo que sea.

En la encuesta sobre usos del tiempo en espacios de recreación nocturna desarrollada por nuestro equipo durante 2008 en las ciudades de Junín, Gualeguaychú y Villa María, al indagar acerca de la participación de los jóvenes –ellos mismos o su grupo de amigos–, en alguna pelea durante sus salidas, casi un 10% señaló haber estado involucrado, mientras que más de un tercio afirmó haber presenciado alguna situación de este tipo (ver Cuadro N° 1).<sup>5</sup>

<sup>5</sup> En este estudio se encuestó un total de 328 jóvenes, 55% de los cuales eran varones y 45% mujeres.

Cuadro N° 1

Participación o percepción de peleas durante salidas nocturnas según sexo, grupo de edad y estrato socioeconómico<sup>6</sup> (en %)

	TOTAL	SEXO		GRUPO DE EDAD		ESTRATO SOCIOECONÓMICO	
		Varón	Mujer	16 a 18	19 a 24	Bajo	Medio
Estuvo involucrado	9,5	11,8	6,8	15,9	5,5	12,6	7,7
Presenció	34,6	35,2	33,8	46,5	27,0	31,1	36,5

Fuente: *Mendes Diz et al., 2010.*

En otro apartado de la encuesta, en la que se indaga sobre aspectos que podrían estar presentes en sus salidas nocturnas, aproximadamente la mitad de los jóvenes considera que pueden ocurrir episodios violentos en los lugares que frecuentan. Casi la mitad de los encuestados en Junín opina que pueden encontrarse con escenarios violentos en sus salidas nocturnas, mientras que en Gualeguaychú hay una percepción menor de este tipo de episodios. Cuando se les preguntó con quiénes pelean, aparecen los otros *jóvenes* como respuesta mayoritaria (Mendes Diz et al., 2010).

Como se observa en el Cuadro N° 2, en la segunda encuesta que realizamos durante 2009 a 272 jóvenes de entre 15 y 19 años (61,4% mujeres y 38,6 % varones) en Gualeguaychú y Junín, un porcentaje similar al del estudio anterior contestó haber sido víctima de algún tipo de agresión física durante los últimos meses.

Cuadro N° 2

Jóvenes víctimas de agresión física según sexo, edad y estrato socioeconómico (en %)

	TOTAL	SEXO		EDAD		ESTRATO SOCIOECONÓMICO	
		Varón	Mujer	15 a 17	18 y 19	Bajo	Medio
Fue víctima de agresión física	10,7	18,1	6,0	12,9	7,3	7,6	13,0

Fuente: *elaboración propia.*

Coincidiendo con el estudio de 2008, como se indica en el Cuadro N° 2 y se ilustra en la entrevista citada en el Recuadro N° 2, los varones aparecen como

<sup>6</sup> La variable estrato socioeconómico de los jóvenes encuestados se construyó a partir de una serie de indicadores relativos a la posesión y uso de una amplia gama de bienes y servicios.

más implicados en situaciones de agresión física que las mujeres. Este dato puede leerse como una expresión de los *habitus* y *doxa* reproducidos por la socialización de género. Según Pierre Bourdieu (2007), en los procesos de socialización se producen y reproducen un conjunto de categorías de percepción, motivaciones, intereses, prácticas impensadas, que son incorporadas en los cuerpos y las conciencias de los agentes como una segunda naturaleza –*habitus*. La participación de los agentes en los diversos campos que componen el espacio social depende de la incorporación (más allá de la conciencia y la voluntad) de una *doxa*, conjunto de reglas prácticas, de axiomas que no se cuestionan, basada en la naturalización de las divisiones y oposiciones (por ejemplo, hombre/mujer, joven/adulto, rico/pobre, etc.) que estructuran los distintos campos y que son reproducidas a través del ejercicio de la violencia simbólica. En culturas androcéntricas como la nuestra, se socializa a los niños para corporizar *habitus* agresivos y competitivos, mientras se enseña a las niñas a no ser violentas y a veces a aceptar pasivamente las violencias masculinas (Mendes Diz y Schwarz, 2009). De la encuesta de 2009 también surge que los jóvenes de menor edad y de nivel socioeconómico bajo estuvieron involucrados en peleas en mayor proporción que los mayores y de estrato medio (ver Cuadro N° 1), datos coincidentes con nuestro estudio anterior.

*El mirar mal es una de las principales formas y/o causas de violencias entre jóvenes*

Coincidiendo con los resultados de mi investigación doctoral, a medida que van relatando y/o reflexionando en torno a sus experiencias en torno a las violencias, los jóvenes identifican sus dimensiones simbólicas y relacionales como las más problemáticas. Como se ilustra en el Recuadro N° 2, el mirar mal ocupa un lugar central en sus relatos, tanto como causa y/o como una de las principales formas de violencias entre pares.

Recuadro N° 2

Fragmento de entrevista a mujer de 21 años, estudiante de nivel universitario, desocupada, soltera

E: *¿Y cómo son en general las peleas? ¿Cómo empiezan?*

J: No sé, estás tranquila y de repente empezás a escuchar algo diferente y mirás y se van corriendo, o la gente se va abriendo... Y después las mujeres también...

E: *¿Y qué pasa ahí?*

J: Nada, nadie hace nada. Capaz que los amigos separan. Y las mujeres... viste como son, que capaz la envidia, si miraste, si no miraste, que dijiste esto, que vos miraste a tal... todo así, empiezan con las palabras y después se terminan a las piñas o no. (...)

E: *¿Y tuviste vos este tipo de situaciones?*

J: No, yo pelearme jamás. Mirá que cuando yo andaba con mi novio me han dicho, me han mirado mal... y yo de mirar y decir basta, no te conozco, y seguir.

E: *¿Por qué te parece que ocurren esas situaciones? ¿Por qué se pelean las chicas o los varones?* Vos decías por las miradas...

J: Pasa que hay un montón de envidia, y ahora que están las chicas de 14-15 que son unas diosas y yo a los 15 era un desastre. Y son todas boludeces que uno no les da bola pero es así. Y entre el alcohol y todas las boludeces se mezcla todo y empezás a mirarte mal.

Al indagar sobre los significados del *mirar mal*, los jóvenes en general no le asignan una definición discursiva. En cambio, prefieren describir el fenómeno recurriendo a narraciones y/o dramatizaciones de experiencias desarrolladas en todo tipo de espacios y tiempos que tienen en común dos momentos centrales: a) un encuentro de miradas entre dos compañeros y/o amigos; b) una reacción violenta verbal y/o física de uno de los sujetos frente a la mirada del otro que puede llevar o no a una pelea. En cuanto a la posible conexión entre ambos momentos los relatos varían, pero, fundamentalmente, se mencionan sensaciones de *desprecio y/o discriminación* –*mirar de costado, mirar de arriba abajo*.

El problema de la *mirada* ha sido abordado desde diversas corrientes filosóficas y de las ciencias sociales –existencialismo, fenomenología social, interaccionismo simbólico– como una de las dimensiones centrales de la constitución de la subjetividad: la relación entre el *yo* y el *otro*. Una de las formulaciones clásicas de esta problemática, que consideramos pertinente para nuestro análisis, es la de Jean-Paul Sartre:

hay en toda mirada la aparición de un prójimo-objeto como presencia concreta y probable en mi campo perceptivo, y, en ocasión de ciertas actitudes de ese prójimo, me determino a mí mismo a captar, por la vergüenza, la angustia, etc., mi “ser mirado”. Este “ser-mirado” se presenta como la pura probabilidad de que yo sea actualmente ese esto concreto, probabilidad que no puede tomar su sentido y su naturaleza propia sino de una certeza fundamental de que el prójimo está siempre presente para mí en tanto que yo soy siempre para otro. (Sartre, 1993: p.308)

Cuando el *yo* percibe que alguien lo mira, siente que está ante otra subjetividad, ante otra conciencia, no ante un mero objeto. Del *otro* que se le hace presente de este modo puede temer que se enfrente a sus proyectos, a su libertad. Siente que está delante de un ser con el que puede contar, o al que se opondrá, delante de un ser que, al mismo tiempo, valora y pone en cuestión lo que es, lo que quiere, su subjetividad. La mirada del otro hace al *yo* consciente de sí mismo pues el *otro* lo objetiva, trayendo consigo los sentimientos de *miedo*, *vergüenza* y *orgullo*: miedo ante la posibilidad de ser instrumentalizado por el otro, vergüenza de hacer manifiesto su ser, orgullo al captarse a sí mismo como sujeto. En la vergüenza se da una cierta duplicidad de protagonistas: es vergüenza del *sí mismo*, pero del *sí mismo* al ser visto por *otro*, es por lo tanto una de las más importantes expresiones de la experiencia intersubjetiva, de la experiencia o presencia del *otro* (Sartre, 1993).

Toda experiencia de ser *mirado* derrumba en el individuo la certeza de ser una identidad sustancial y autorreferencial –*idem*– revelándole que el *yo* sólo existe a partir de su relación con el *otro* –*ipse*– (Ricoeur, 1996). El otro puede aparecer bajo la forma de un individuo, una institución, una colectividad, una audiencia, un público anónimo o, según la denominación de George Herbert Mead (1968), el *otro generalizado*. Para analizar la tensión constitutiva del sujeto, este autor propone una distinción entre dos dimensiones del individuo, sólo diferenciables analíticamente:

a. *Yo*: momento particular, activo, espontáneo, indeterminado, único, en el cual nos identificamos, pero que sólo puede surgir como reacción, respuesta a las miradas y los estímulos del otro.

b. *Sí mismo*: constituido por las actitudes pasadas de los otros, interiorizadas durante el proceso de socialización en un *otro generalizado*, universal, social, cultural, normativo.<sup>7</sup>

La mirada tiene dos dimensiones: el *otro* puede mirar al *yo*, pero el *yo* puede mirar al *otro*. Surge así la dialéctica de las libertades, la lucha y el conflicto. Ante la presencia del *otro* caben dos actitudes: a) o bien el *sí mismo* se afirma como sujeto y en esa afirmación se apropia de la libertad del *otro*, cosificando su ser, b) o bien el *yo* intenta captar al *otro* en su libertad, en su ser sujeto, pero a costa de perder su libertad y convertirse en mero objeto. En otras palabras, si bien la mirada del *otro*, como sujeto, posiciona al *sí mismo* como su objeto, a partir de la reacción del *yo* –vergüenza, angustia, orgullo–, el *sí mismo* tiene la posibilidad de

<sup>7</sup> Aquí traducimos del inglés la categoría *me* como *sí mismo* en lugar de ‘mí’ –como figura en la citada edición de *Espíritu, persona y sociedad* (Mead, 1968)–, ya que la consideramos más adecuada para la comprensión del concepto.

posicionarse como sujeto, pudiendo colocar al otro como su objeto: lo descubre, así, como estando en el mundo, como colocado en cierta situación (Sartre, 1993).

La dialéctica de la mirada retoma la de la *lucha por el reconocimiento*, analizada por G. W. F. Hegel (1992) como una dimensión constitutiva de la subjetividad (Honneth, 1997; Ricoeur, 2005). El *yo* reacciona al sentirse objetualizado, menospreciado por la mirada del otro, impulsado por su deseo de ser reconocido como un *sí mismo* autónomo, libre. A partir de su reacción, *objetualiza* al otro, definiéndolo, significándolo e incorporándolo a su otro *generalizado*, expandiendo así su *sí mismo* hacia un horizonte de mayor autonomía y autorrealización (Mead, 1968).

Sin embargo, la resolución que tendrá esta dialéctica se encuentra condicionada por las posiciones –siempre desiguales– que ocupan los sujetos en el momento del encuentro y las características del contexto –comunitario, social, político, institucional– en el que el mismo se produce. Por ende, según las reflexiones de Axel Honneth (1997), retomadas y profundizadas en sus últimos trabajos por Paul Ricoeur (2005), para la adecuada comprensión de los diversos *modelos de reconocimiento* en los cuales se van constituyendo los sujetos, es necesario darles cuerpo, concretizarlos, abordándolos en relación a sus respectivas *formas de menosprecio o negación de reconocimiento*, que movilizan al individuo en los heterogéneos contextos intersubjetivos que atraviesa en su vida cotidiana.

A mi entender, en la experiencia del *mirar mal*, asociada por los jóvenes a las violencias entre pares, se manifiesta una lucha en torno al primero de los modelos del reconocimiento social: la aprobación del par –pareja, amigo, compañero, vecino, etc. En la filosofía hegeliana, este momento *existencial* del reconocimiento es fundamental en el proceso de construcción de la identidad subjetiva (Hegel, 1992). La experiencia de ser *mirado mal* genera en el *sí mismo* de los jóvenes sentimientos totalmente contrapuestos a la *aprobación del par*: “El individuo se siente como mirado desde arriba, por encima del hombro, incluso tenido por nada. Privado de aprobación, es como no existente” (Ricoeur, 2005: pp.199-200).

Esta mirada de *desprecio, humillación, degradación y/o desaprobación del otro* refuerza la objetualización del *sí mismo*, propia de todo encuentro intersubjetivo, disolviendo su autoconfianza existencial y negando su condición de sujeto. Por ende, la reacción del *yo* frente a la percepción de esta forma de desprecio, la expresión de su lucha por el reconocimiento, adquiere, en general, una intensidad afectiva directamente proporcional al grado de degradación existencial experimentada. Esta reacción dirigida a objetualizar al *otro* y reconstituir al *yo* como sujeto, tiene en general el mismo carácter inmediato que la experiencia de ser mirado mal, desencadenando una lucha cuerpo a cuerpo por el reconocimiento, con escasas

o nulas mediaciones discursivas. Las violencias contra el otro expresan aquí un primer momento de la lucha por el reconocimiento a partir de un doble movimiento: a) la negación de la corporeidad del otro, vista como obstáculo para el reconocimiento del sí mismo como sujeto; y, simultáneamente, b) la afirmación de la propia subjetividad, demostrando en la lucha que puede poner en riesgo su propia corporeidad, que está más allá de la mera objetualidad en que lo pone la mirada degradante del otro.

*La discriminación es una de las principales formas y/o causas de violencias entre jóvenes*

En las entrevistas y grupos focales con jóvenes, emergió el fenómeno de la *discriminación* como una de las principales manifestaciones y/o causas de violencias entre jóvenes. Como se ilustra en los fragmentos de entrevistas citados en los recuadros N° 3 y N° 4, en las experiencias de los jóvenes dicho fenómeno constituye una de las más graves y cotidianas formas de agresión, originada por diversos estereotipos –de género, origen socioeconómico, étnico, identificaciones barriales, estéticas, deportivas–, que se presentan de manera combinada en sus miradas, expresiones e interacciones cotidianas.

Recuadro N° 3

Fragmento de entrevista a mujer de 20 años, estudiante de nivel terciario, desocupada, soltera

Para mí es más fuerte la violencia psicológica que la física. Hay mucha violencia, mucha discriminación. No sé... yo pegarme con alguien nunca me pegué. He visto peleas pero no me gusta el quilombo. Le huyo a la violencia pero me molesta mucho la discriminación, porque todo el mundo discrimina. Te discriminan por la ropa que usás, por la música que escuchás, por cómo te peinás... Eso para mí es violencia.

Recuadro N° 4

Fragmento de entrevista a varón de 19 años, estudiante de nivel secundario, desocupado, soltero

E: *¿Considerás que hay algún otro tipo de violencias que no sea a golpes?*

J: Sí, discriminar a la gente yo creo que es peor que golpear a alguien, porque eso puede llegar a doler más que un golpe. Uno no elige cómo va a venir al mundo sino que viene como viene, entonces discriminar por eso no creo que sea bueno...

Estas percepciones coinciden con los datos construidos en otros estudios realizados en la región (Asún, 2005) y en la Encuesta Nacional sobre Violencia y Convivencia en Escuelas Medias, desarrollada por nuestro equipo en 2006, en la que indagamos, entre otras dimensiones, en torno a las principales características de la convivencia, los vínculos y las creencias acerca de la diversidad de los estudiantes. La metodología utilizada fue una encuesta a 4.971 jóvenes que en ese momento se encontraban cursando el nivel medio en 85 escuelas públicas de 21 provincias (Kornblit y Adaszko, 2008).<sup>8</sup>

Como se observa en el Cuadro N° 3, se encontró entre los estudiantes encuestados un alto nivel de acuerdo con las frases en torno a todas las dimensiones de estereotipia y naturalización de las violencias. Las mayores proporciones de acuerdo se ubicaron en torno a los estereotipos xenófobos –asociados tanto a la población en general como a los pares–, de género y los que naturalizaban las violencias como una forma de resolución de diversos tipos de conflictos entre los sujetos.

Cuadro N° 3  
Acuerdo con frases en torno a estereotipos y violencias (en %)

DIMENSIONES	ACUERDO	DESACUERDO	TOTAL
Frases xenófobas	78,0	22,0	100,0
Frases que naturalizan las violencias	77,4	22,6	100,0
Xenofobia en relación con compañeros	74,8	25,2	100,0
Frases que reproducen estereotipos de género	73,8	26,2	100,0
Frases discriminatorias sobre la diversidad sexual	60,1	39,9	100,0

Fuente: *elaboración propia a base de Kornblit y Adaszko (2008).*

También se construyó una variable de síntesis que muestra el porcentaje de estudiantes que expresan estereotipos negativos con respecto a grupos sociales con diversos orígenes étnicos y nacionalidades. Como se indica en el Cuadro N° 4, la proporción de jóvenes que expresa su desacuerdo con los diversos estereotipos propuestos es muy baja (alrededor del 12%). El resto se divide entre los que tienen un alto nivel de prejuicios (perfil alto de acuerdos) y los que se podrían considerar medianamente prejuiciosos.

<sup>8</sup> La investigación se enmarcó en el proyecto PICT 04-13284, financiado por la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y en el proyecto 2004-07 S071, financiado por la Universidad de Buenos Aires, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, dirigidos ambos por la Dra. Ana Lía Kornblit.

Cuadro N° 4  
Acuerdo con estereotipos en general (en %)

Perfil alto de acuerdos	47,6
Perfil intermedio de acuerdos	40,6
Perfil bajo de acuerdos	11,9
Total	100

Fuente: Kornblit y Adaszko (2008).

Podemos entender la estereotipación como un proceso cotidiano de reificación de las diferencias entre individuos y/o grupos dirigido a marcar una distancia simbólica y, en algunos casos, física, entre el yo/nosotros y los otros. La discriminación entre jóvenes responde a una *lógica elusiva*, dirigida a esquivar o saltarse las propias insuficiencias para denostar a los otros, adhiriendo a tipos sociales construidos culturalmente, a los que se les adscriben como naturales ciertos rasgos socialmente negativizados y justificando, directa o indirectamente, diversos tipos de violencias sobre aquellos que los poseen (Margulis, Urresti et al., 1998; Belvedere, 2002; Reinoso y Thezá, 2005a).

Retomando los resultados de nuestros estudios anteriores, en la encuesta que realizamos durante 2009 a jóvenes de entre 15 y 19 años de Gualeguaychú y Junín, decidimos construir más datos en torno al fenómeno de la discriminación. Como se observa en el Cuadro N° 5, al preguntar si durante los últimos meses se habían sentido discriminados, casi un cuarto de los encuestados responde afirmativamente, superando ampliamente el porcentaje de jóvenes que afirma haber sido víctima de algún tipo de agresión física –alrededor del 10%.

Cuadro N° 5  
Jóvenes víctimas de discriminación según sexo, edad y estrato socioeconómico (en %)

	TOTAL	SEXO		EDAD		ESTRATO SOCIOECONÓMICO	
		Varón	Mujer	15 a 17	18 y 19	Bajo	Medio
Se sintió discriminada/o	23,9	21,0	25,7	25,2	22,0	29,7	19,5

Fuente: elaboración propia.

La sensación de ser objeto de discriminación es algo mayor entre las mujeres y los menores de 18 años (ver Cuadro N° 5). Estos subgrupos fueron los que más plantearon en las entrevistas y grupos focales la asociación entre violencias y discriminación en diversos contextos de sus vidas cotidianas, lo que pone de

manifiesto la importancia de los estereotipos de género como fuente de discriminación, como así también el menor nivel de naturalización y/o la mayor exposición a este fenómeno entre los más jóvenes. Como se indica en el Cuadro N° 5, casi un tercio de los jóvenes de estrato bajo afirma haberse sentido discriminado, frente a un 20% de los de estrato medio. Aquí se puede inferir la fuerte presencia de estereotipos asociados a las diferencias socioeconómicas que, tal como surge de las entrevistas y grupos focales, se combinan en sus espacios de sociabilidad con múltiples prácticas discriminatorias vinculadas a orígenes étnicos, nacionalidades, espacios de residencia, asistencia a ciertos lugares de diversión nocturna, estilos musicales y/o de indumentaria.

También se incorporaron una serie de preguntas que hacían referencia a distintos aspectos de sus vínculos con sus familiares y amigos cercanos. A partir de las mismas, se construyeron dos índices: *clima social en el hogar* y *clima de amistad*. Como se observa en el Cuadro N° 6, el cruce de dichos índices con los citados datos de exposición a situaciones de discriminación y agresión física suministraron resultados muy interesantes. Por un lado, los jóvenes con clima social malo en el hogar están mucho más expuestos a episodios de discriminación y agresión física que aquellos cuyo clima familiar es bueno. En cambio, el clima de amistad casi no influye en el nivel de exposición a situaciones de discriminación e incide poco en el grado de victimización frente a hechos de agresión física.

Cuadro N° 6

Jóvenes víctimas de discriminación y de agresión física según clima social en el hogar y clima de amistad (en %)

	TOTAL	CLIMA SOCIAL EN EL HOGAR			CLIMA DE AMISTAD		
		Malo	Intermedio	Bueno	Malo	Intermedio	Bueno
Se sintió discriminada/o	23,9	36,2	23,7	17,8	25,7	22,4	23,2
Fue víctima de agresión física	10,7	23,4	8,1	7,8	13,9	9,2	8,4

Fuente: *elaboración propia*.

La encuesta incluyó una pregunta abierta para que aquellos jóvenes que afirmaron haberse sentido discriminados indicaran en qué situaciones les había sucedido. Como se indica en el Cuadro N° 7, si bien las respuestas son muy heterogéneas, señalando tanto espacios como situaciones concretas y/o causas asociadas a sus experiencias de discriminación, casi un cuarto de los encuestados señala a la *escuela* como el ámbito en el que vivieron dichas situaciones, mientras que alrededor

del 12% la ubica en la *calle / otros espacios públicos* y el 11% menciona las *salidas nocturnas / boliches*.

Cuadro N° 7

Situaciones en las que se sintieron discriminados (respuesta múltiple - en %)

SITUACIONES	%
En la escuela	25,6
Por mi aspecto físico	15,4
En la calle / otros espacios públicos	12,8
Cuando salgo / voy a bailar / en el boliche	11,5
En mi grupo de amigos	9,0
Por mi forma de ser / por mi ropa / por mis gustos	5,1
Cuando me ignoran	5,1
En mi familia	3,8
Por otros grupos de jóvenes	2,6
Por mi pareja / ex pareja	2,6
Cuando fui a otra ciudad / a un lugar nuevo	2,6
En el club	1,3
Fui insultado / comentarios desagradables	1,3
Cuando me miran mal	1,3
TOTAL	100,0

Fuente: *elaboración propia*.

Como surge de mi investigación doctoral, las prácticas discriminatorias son identificadas por los estudiantes como las principales manifestaciones cotidianas de violencias provenientes del mundo adulto, tanto dentro como fuera de la escuela. Sin embargo, los actos de discriminación son significados por los estudiantes como especialmente graves cuando son protagonizados por docentes y directivos de instituciones educativas, definiéndolos como abusos de poder e injusticias. Las percepciones y/o las reacciones individuales y/o grupales de los estudiantes frente a estos episodios pueden interpretarse como síntomas de crisis en los mecanismos de dominación simbólica en el ejercicio del rol docente, tradicionalmente legitimados por la *doxa* del campo educativo. Mediante distintos tipos de tácticas –no siempre articuladas discursivamente– desnaturalizan diversos mecanismos de violencia simbólica escolar, principalmente en torno a la autoridad y a sus dispositivos de control y disciplinamiento. Los jóvenes simultáneamente siguen demandando a la escuela la generación de espacios que propicien diversas formas de participación, reflexión y expresión. De esta manera, la experiencia escolar juvenil se dirime cotidianamente en una tensión entre el desencantamiento nihilista –que finalmente lleva al abandono del campo– y la disputa simbólica por la reconstrucción

de nuevos sentidos, vínculos y escenarios que propicien el reconocimiento de las diversas dimensiones de sus subjetividades (Di Leo, 2009).

## Reflexiones finales

Las prácticas discriminatorias y/o las violencias verbales y/o físicas se presentan de manera combinada y fuertemente asociada con los procesos de identificación/diferenciación individual y/o grupal en diversos espacios de sociabilidad juvenil. En dichos espacios *la mirada* adquiere una gran densidad simbólica, ya que se convierte, a la vez, en uno de los principales puentes de comunicación entre el *yo* y el *otro*, y en signo de aprobación del par o de humillación, desaprobación y/o degradación. De ahí que la experiencia del *mirar mal* es vivida como un grave ataque a la seguridad ontológica del sí mismo, generando como reacción una verdadera lucha cuerpo a cuerpo –con escasas o nulas mediaciones discursivas– por el reconocimiento subjetivo.

La discriminación y la estereotipación del otro –principalmente por dimensiones de género, condición socioeconómica, étnica y/o familiar– tienen una elevada presencia en las interacciones juveniles como una lógica elusiva de construcción de la propia seguridad ontológica, esquivando las propias insuficiencias para degradar a los otros. Sin embargo, al igual que el *mirar mal*, esta forma de degradación subjetiva desencadena en muchos de los jóvenes procesos de crítica y resistencia que también pueden enmarcarse en sus luchas por ser reconocidos como sujetos. Retomando las herramientas conceptuales propuestas en la primera sección, considero importante analizar estas manifestaciones de violencias situacionales vividas por los jóvenes en vinculación con sus dimensiones estructurales e institucionales. Por ejemplo, en numerosas escuelas secundarias estas condiciones se expresan en la presencia dominante de dos tipos de *clima social*: *desubjetivante e integracionista-normativo* (Di Leo, 2009). Al centrarse en normas, autoridades y saberes naturalizados, estos escenarios escolares contribuyen a los procesos de reificación de las instituciones y las subjetividades, profundizando las distancias entre las escuelas, sus agentes y las experiencias de socialización de los jóvenes. De esta manera, contribuyen a la (re)producción de un *individualismo negativo* –“un individualismo por falta de marcos y no por exceso de intereses subjetivos” (Castel, 1997: p.472)–, a partir de dos procesos interrelacionados:

*Identidad-ídem*: cotidianamente los individuos buscan construir su seguridad ontológica a partir de la afirmación de identidades y/o roles sociales considerados naturales –por tradiciones, adscripciones grupales, de género, valores morales,

saberes, normas, etc. En este proceso de reificación identitaria se soslaya el carácter abierto y relacional de las subjetividades, propiciando procesos de individualización basados en la negación –simbólica y/o física– de los otros, que son vistos como amenazas permanentes a la propia existencia tanto individual como grupal (Ricoeur, 1996).

*Heteronomía:* tanto en la percepción de sí mismos como de los otros, los sujetos asignan un peso fundamental a factores biológicos, psicológicos, socioeconómicos, étnicos, culturales y/o institucionales como determinantes de las identidades. Especialmente en las prácticas y discursos de los adultos hacia los jóvenes, tienden a negarse las capacidades de agencia y/o reflexividades de los sujetos, ubicándolos como meros objetos de las circunstancias y, por ende, negándoles facultades para cuestionar y/o transformar sus condiciones de existencia tanto subjetivas –símbolos, saberes, representaciones– como objetivas –instituciones, relaciones sociales, situación socioeconómico-política.

Sin embargo, sin bien perdieron su exclusividad como instituciones socializadoras, la familia y la escuela siguen ocupando una posición central como espacios de sociabilidad en los que se desarrollan los procesos de subjetivación juvenil. Son las instituciones en las que más depositan su confianza los jóvenes y los climas sociales familiares y escolares tienen una alta incidencia en sus niveles de exposición a situaciones de violencias y/o de discriminación (Kornblit, 2008; Di Leo, 2009; Mendes Diz et al., 2010). Por ende, resulta fundamental generar políticas públicas, especialmente desde el campo educativo, dirigidas a abordar las diversas dimensiones de las violencias presentes en los procesos de subjetivación juvenil.

En proyectos de promoción de la salud centrados en estas problemáticas, desarrollados por nuestro equipo de investigación junto a docentes, directivos y estudiantes en escuelas secundarias públicas, se fueron construyendo escenarios centrados en el diálogo, la expresión e intercambio de experiencias y transformación de la realidad con los otros. En las reflexiones y relatos de los participantes en dichas actividades fueron especialmente valorados los espacios en los cuales, a partir de estrategias pedagógicas y/o lenguajes no tradicionales, se construían puentes de expresión y comunicación de las experiencias vitales entre jóvenes y adultos, favoreciendo así la construcción de relaciones de confianza entre los mismos (Di Leo, 2009).

A partir de la creación de espacios de sociabilidad centrados en el diálogo como estos, se abren nuevas posibilidades para el despliegue simultáneo de las autonomías juveniles y de las dialécticas del reconocimiento intersubjetivo. Retomando las reflexiones de Paulo Freire (1997), el diálogo habilita un encuentro entre los sujetos que tiene la potencialidad de desnaturalizar y/o superar –no sólo desde los

discursos sino también desde las prácticas—, las relaciones basadas en la discriminación y las violencias, o sea, en la afirmación de la propia identidad a partir de la cosificación y/o negación simbólica y/o física de los otros.

Recibido mayo 30, 2011  
Aceptado octubre 28, 2011

## Referencias bibliográficas

- Aguilera Ruiz, O. y Duarte, K. (2009). Aproximaciones interpretativas a las relaciones entre juventudes, violencias y culturas. *Observatorio de Juventud*, N° 23, 9-19.
- Asún, R. (2005). La difícil convivencia con la diversidad: los jóvenes y la discriminación. *Observatorio de Juventud*, Año 2, N° 1, 13-20.
- Belvedere, C. (2002). *De sapos y cocodrilos. La lógica elusiva de la discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última Década*, Vol. 13, N° 23, 9-32.
- \_\_\_\_\_. (2009). Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006. Papeles de trabajo, *Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*, Año 2, N° 5, 1-111.
- Crettiez, X. (2009). *Las formas de la violencia*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Di Leo, P. F. (2009). *Subjetivación, violencias y climas sociales escolares. Un análisis de sus vinculaciones con experiencias de promoción de la salud en escuelas medias públicas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Tesis (PhD), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Duarte, K. (2005). Violencias en jóvenes como expresión de las violencias sociales. Intuiciones para la práctica política con investigación social. *PASOS*, N° 120, 1-20.
- Dubet, F. y Martuccelli, D. (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.
- Hegel, G. W. F. (1992). *Fenomenología del Espíritu*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.
- Kaplan, C. V., dir. (2009). *Violencia escolar bajo sospecha*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Kornblit, A. L., coord. (2008). *Violencia escolar y climas sociales*. Buenos Aires: Biblos.

- Kornblit, A. L. y Adaszko, D. (2008). Violencia y discriminación en el ámbito de la escuela media. En VVAA, *Investigaciones por la diversidad. Publicación de los trabajos distinguidos con el Premio a la Producción Científica sobre Discriminación en la Argentina*, 107-138. Buenos Aires: INADI.
- Krauskopf, D. (2003). Juventud, riesgo y violencia. En PNUD, *Dimensiones de la violencia*, 2-25. San Salvador: PNUD.
- Margulis, M., ed. (1996). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M.; Urresti, M. et al. (1998). *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Martuccelli, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires: Losada.
- Mead, G. H. (1968). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Mendes Diz, A. M. et al. (2010). *Usos del tiempo, violencias, consumo de drogas y sexualidad en jóvenes en espacios recreativos nocturnos en tres ciudades argentinas*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Documentos de Trabajo, N° 55. Disponible en <http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/textos/documentos/dt55.pdf> [mayo, 2011].
- Mendes Diz, A. M. y Schwarz, P. (2009). Androcentrismo. Una violencia encubierta en las relaciones entre jóvenes. Ponencia presentada en el I Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad, Córdoba.
- Míguez, D. (2009). *Delito y cultura*. Buenos Aires: Biblos.
- Miranda, A. (2007). *La nueva condición joven: educación, desigualdad y empleo*. Buenos Aires: Fundación Octubre.
- Noel, G. (2009). *La conflictividad cotidiana en el escenario escolar. Una perspectiva etnográfica*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Onetto, F. (2004). *Climas educativos y pronósticos de violencia. Condiciones institucionales de la convivencia escolar*. Buenos Aires: Noveduc.
- Reinoso, A. y Thezá, M. (2005a). Dimensiones de la discriminación: algunas figuras y fisuras de la otredad. *Observatorio de Juventud*, Año 2, N° 1, 7-12.
- (2005b). Jóvenes y violencia: notas para su comprensión y análisis. *Persona y Sociedad*, Vol. XIX, N° 1, 233-248.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. México D.F.: Siglo XXI.
- (2005). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. Madrid: Trotta.
- Sartre, J.-P. (1993). *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya.
- Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2006). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Bogotá: Contus-Universidad de Antioquía.

- Tenti Fanfani, E. (1999). Civilización y descivilización. Norbert Elias y Pierre Bourdieu, intérpretes de la cuestión social contemporánea. *Sociedad*, N° 14, 10-35.
- Tiramonti, G. (2008). Una aproximación a la dinámica de la fragmentación del sistema educativo argentino. Especificaciones teóricas y empíricas. En Guillermina Tiramonti y Nancy Montes (comps.), *La escuela media en debate. Problemas actuales y perspectivas desde la investigación*, 25-38. Buenos Aires: Flacso-Manantial.
- Urresti, M. (2000). Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela. En Emilio Tenti Fanfani (comp.), *Una escuela para los adolescentes. Reflexiones y valoraciones*, 11-78. Buenos Aires: Unicef-Losada.
- (2008). Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar. En Emilio Tenti Fanfani (comp.), *Nuevos temas en la agenda de política educativa*, 101-124. Buenos Aires: Unesco-IIEP-Siglo XXI.
- Vasilachis de Gialdino, I., coord. (2007). *Estrategias de investigación cualitativa*. Buenos Aires: Gedisa.